

El sentido de la lectura

HÉCTOR GUILLERMO ALFARO LÓPEZ

Centro Universitario de Investigaciones Bibliotecológicas
de la UNAM, 04510, México, D.F., Tel: (525)623-03-29

*Leemos para encontrarnos, y en ese proceso a veces
descubrimos que somos más profundos y más
extraños de lo que creíamos.*

Harold Bloom

Artículo

RESUMEN

Busca contestar la pregunta sobre el sentido de la lectura, puesto que en las sociedades actuales éste se ha perdido. Para contestar a la pregunta, y con ello encontrar sentido a la realidad se hace una interpretación de dos pasajes de las *Confesiones* de san Agustín de los cuales se deduce que el sentido de la lectura consiste en el conocimiento de uno mismo y en asumir el destino propio, esto a nivel individual y social.

Palabras clave: Lectura, San Agustín.

THE RAISON D'ETRE OF READING
HÉCTOR GUILLERMO ALFARO-LÓPEZ

ABSTRACT

Searches to answer the question of the reason behind reading, because in contemporary society this habit has been lost. In order to answer the question and by doing so find reason for this reality, an interpretation is made of two passages from the Confessions of Saint Augustin. From where we deduce that the *raison d'etre* of reading is self-knowledge and assuming one's own destiny, both at individual and societal levels.

Key words: Reading.

Trabajo recibido
el 5 de julio de 2001

*

Trabajo aceptado
el 10 de julio de 2001

i Qué sentido tiene el acto de leer? Plantear semejante pregunta en la actualidad, durante el tránsito de un milenio a otro, resulta más pertinente que nunca. Lo que no quiere decir que antes no haya sido o después tenga que volver a ser enunciada, puesto que la pregunta misma tiene un carácter perenne que le es conferido por aquello que la suscita: la lectura. Es conjeturable que desde el momento en que los hombres por primera vez comenzaron a leer, de una u otra manera debieron haberse planteado qué sentido tenía eso que estaban haciendo y es previsible que seguirán preguntándose en el futuro mientras haya textos que leer. Pero en la

medida en que la lectura es una vía permanentemente abierta hacia el conocimiento estimula el cuestionamiento, el cual termina por recaer en aquello que le dio origen: el acto de leer, de ahí su perennidad. Sin embargo plantear la pregunta en el contexto de las sociedades postmodernas adquiere visos de acusante, puesto que se da al trasluz de un horizonte signado por la progresiva pérdida de sentido. El mundo actual, entregado a la inercia de la globalización, ha cercado a los individuos y las sociedades con una densa red tecnológica de medios de comunicación que facilitan un flujo torrencial de información y espectáculo. No sólo el ámbito de la privacidad familiar sino también el de la privacidad propia de la conciencia individual han sido invadidos por la seducción de las nuevas tecnologías (y ello por no hablar de aquellas tecnologías que bien pueden considerarse ya tradicionales como la radio, la televisión y el cine) que determinan las formas de pensar y de actuar. Las ingentes cantidades de información que hoy se nos proporcionan conducen al individuo al pasmo o a la dispersión intelectual, lo que induce en él una lectura descodificadora pero no de búsqueda de sentido. Lectura estigmatizada por el apremio: puesto que el tiempo presiona para revisar la mayor cantidad de textos que se pueda, los que indetenibles siguen fluyendo ante los ojos. Por otra parte las sociedades actuales, llamadas de economía de mercado, siguen respondiendo a la lógica de una estructura mercantil propia del capitalismo que convierte todo lo que produce en mercancía que ha de ser de inmediato consumida o desechada, para sin tardanza pasar al consumo de otra mercancía. Esta compulsión consumista, producto de la lógica del sistema, permea gran parte del haz de actividades en que se despliega la vida de los individuos, incluso el acto de la lectura termina por sucumbir ante esa compulsión y hace que los libros se lean mal y apresuradamente. El libro es, pues, un objeto más de consumo, que en el presente se produce, como nunca antes en todos los siglos previos, en cantidades masivas. Lo que no significa que cantidad se haya traducido en calidad lectora.

Ahora bien, tanto la información que fluye por la pantalla de las computadoras como la que está contenida en las páginas impresas de un libro, se encuentra inmersa en un espacio dominado por la imagen, diseñada ésta con el evanescente oropel del espectáculo. Para atrapar la atención, y por tanto la compulsión consumista del público, la imagen ha de presentarse de manera espectacular. Las mercancías son pues revestidas con imágenes espectaculares que magnetizan a los consumidores sacándolos de sí mismos y dirigiéndolos hacia la adquisición. Para un sistema consumista es necesario mantener alterados, es decir, fuera de sí mismos, a los individuos, concebidos obviamente como *homo economicus*: entes consumistas a quienes para tener permanentemente satisfechos se les inventa una realidad artificial o, en la conceptografía de moda, virtual, en la que pueden habitar despreocupándose de su propio interior. La realidad inmediata es así transfigurada en ámbito de consumo, era una realidad ausente de sentido humano. También información mediática y bibliográfica se encuentran transidas por el primado de la imagen. Los

textos que aparecen en las pantallas de las computadoras o en las páginas de los libros adquieren la textura de la imagen. Los signos, las palabras, se transfiguran en fragmentos de imágenes que son leídos de manera análoga a como se mira la imagen: se los consume apresuradamente resbalando por su superficie, sin que la vertiginosa mirada se esfuerce en hacer una interpretación acuciosa y en profundidad que extraiga toda la multiplicidad y riqueza informativa que contienen. Un tipo de lectura como ésta no sólo pierde su búsqueda de sentido, sino que además refuerza la falta de sentido de la realidad inmediata. Por ello para encontrarle una salida a este oscuro círculo del sin sentido del mundo postmoderno debemos plantearnos con mayor insistencia y consistencia la pregunta por el sentido de la lectura. Ya el hecho de plantearla implica al mismo tiempo abrir una brecha en el sin sentido de la realidad, para reencontrar asimismo su sentido o, más exactamente para dotarla de sentido a través de la lectura. Para dar respuesta a la pregunta una vía es remitirnos al pasado, pero no al inmediato sino a uno lejano y originario y sin embargo vivo (el pasado sigue pasando, jamás queda clausurado, es un oleaje perpetuo que llega a las costas del presente): el pasado del imperio romano, en el periodo de ascenso del cristianismo (siglos IV-V). Ese periodo fue el marco histórico en el que se desarrolló uno de los más oceánicos pensadores de Occidente, el gran san Agustín de Hipona, la figura de mayor relieve entre los santos padres de la Iglesia. Es precisamente en este santo y ardiente lector en quien podemos encontrar una sabia y serena respuesta a nuestra pregunta sobre el sentido de la lectura. El legado de los grandes pensadores perfora el tiempo histórico y cala en lo esencial del hombre y el mundo echando luz sobre aquellos problemas que aquejan a la humanidad en cualquier época y lugar. Uno de los más prodigiosos vehículos de transmisión de ese luminoso legado han sido los libros. En ellos las generaciones posteriores han encontrado las ideas, el estilo y el espíritu de esos pensadores del pasado, y obtenido la inspiración y la fuerza para enfrentar la oscuridad de su presente. Uno de estos libros luminosos fue escrito por san Agustín, libro central en la cultura occidental, cuyo revelador título es *Confesiones*. Obra que además inaugura un género literario especial, precisamente el de la confesión personal; que le permite al autor abrir en tajo su alma para mostrársela al lector exhibiendo la espesura más honda de su intimidad para confesar su penuria y esperar comprensión o absolución, por lo que no es en *stricto sensu* una autobiografía: la cual sólo describe una vida para ser seguida por el lector en sus múltiples peripecias, no para ser enjuiciada. Cultores de este género literario fueron Jean-Jaques Rousseau y hasta José Vasconcelos, cuya autobiografía, sobre todo el memorable primer tomo *Ulises criollo*, es en realidad una confesión en la misma apasionada senda abierta por san Agustín.

En estas *Confesiones* el santo lleva a cabo un insólito y complejo entramado de seleccionadas vivencias íntimas, filosofía, teología y un fervoroso anhelo de elevación espiritual hacia Dios. En cierto modo puede decirse que las *Confesiones* son una

desgarradora epístola que san Agustín le dirige a un dios lector para reseñarle cómo a través de su vida pecadora encontró el camino para dirigirse a Él. Camino cuyas estaciones de paso fueron la filosofía y la teología, que asimismo representaron rutas hacia su propia interioridad, porque san Agustín encontró a Dios dentro de él mismo y no en el evanescente mundo exterior: territorio en el que acechan las trampas donde los sentidos son engañados y trastornados haciéndole perder al hombre el rumbo hacia la trascendencia. Así, en su propia alma encontró la vía expedita para llegar a Dios, pero cabe subrayar un aspecto muy especial que marca con su impronta esta odisea espiritual del santo: el protagonismo de los libros.

A lo largo de las *Confesiones* queda de manifiesto que los libros son una constante en la vida de san Agustín, pero para él éstos no tienen una función meramente informativa, erudita o de esparcimiento, como suelen tenerlo para la mayoría de las personas; por el contrario, considera que guardan las claves que transforman su vida hasta la raíz,¹ por lo que ante sus ojos tienen un aura que los hace trascendentes, en la doble acepción de la palabra: determinantes y que comunican con el trasmundo; esto último algo que confieren en específico los libros cristianos, que son el umbral de lo sagrado. El *desideratum* de esta clase de libros es la *Biblia* (así como para los musulmanes es el *Korán*), libro sagrado escrito por una inspirada deidad para mostrarle a los seres humanos su grandiosa obra de creación, de la que ellos forman parte crucial. Siguiendo la visión agustiniana puede decirse que los hombres son signos escritos por Dios en el gran libro del mundo creado. Ante semejante preponderancia de los libros para san Agustín no sorprenden las escenas que en sus *Confesiones* se refieren al acto de la lectura y todas las implicaciones que ello entraña. Entre esas escenas dos son las más conocidas y memorables, al grado de que se han desgajado del libro para convertirse en un hito de múltiples interpretaciones, e incluso puede decirse que ya forman parte del inconsciente colectivo de la cultura occidental. Asimismo en esas dos escenas queda cifrado no sólo el sentido que la lectura tenía para san Agustín sino que de manera general también exhiben el sentido de la lectura que es válido para toda época y lector. La primera escena nos remite a la definitiva conversión cristiana de san Agustín, mientras que la segunda recrea su sorpresa ante la forma de leer de su maestro san Ambrosio. Interpretando ambas escenas podremos, pues, discernir el sentido de la lectura a nivel individual y a nivel social.

Para san Agustín la lectura torna legible el mensaje primordial o sagrado que habita en los libros, mas para ello el lector debe hacerse acreedor a la señal divina que le muestra el libro que le está destinado y el sendero para guiarse dentro de él: sendero definitorio de su vida que ha de seguir con individual fidelidad. Este mensaje se deja escuchar en el primero de los susodichos pasajes de las *Confesiones*. En él

1 Como lo pone de manifiesto su lectura del diálogo *Hortencio*, hoy desaparecido, de Cicerón que determinó su vocación filosófica.

se narra el momento en que san Agustín, en medio de borrascosa incertidumbre espiritual, se debate ante la idea de abandonar su deleitosa vida de pecado para abrazar definitivamente el cristianismo. Esta hoguera que lo incinera interiormente contrasta con la cristalina quietud del jardín donde se encuentra junto a su amigo Alipio, donde tendido debajo de una higuera se desborda en llanto; con estas vehementes palabras nos describe ese momento:

...y lloraba con amarguísimo rompimiento de mi corazón. Y he aquí que oigo una voz de la casa vecina, voz de niño o de niña, no lo sé, diciendo y repitiendo muchas veces con cadencia de canto: 'toma, lee; toma, lee.' Al punto, quebrada la color del rostro, con gran fijeza comencé a pensar si acostumbraban los niños en alguna suerte de sus juegos cantar aquel estribillo. Y no recordé haber oído jamás cantilena parecida. Reprimí el caudal impetuoso de mis lágrimas y me levanté, interpretando que no era otro el mandato del cielo sino que abriese el libro (la Biblia) y leyese el primer capítulo que topase (...) Así que, con presura, volví al lugar donde estaba sentado Alipio, pues allí había dejado el libro del Apóstol (Pablo) cuando de allí me levanté. Le tomé, le abrí y leí el primer capítulo sobre el que se arrojaron con avidez mis ojos: "No en beberes y en comeres, no en recámaras y en impurezas, no en contiendas y en envidias; mas vestíos de Vuestro Señor Jesucristo y no tengáis cuidado de la carne en sus apetitos." Ni quise leer ya más, ni era menester. Al instante, con el fin de este pasaje, como si una gran luz de seguridad se hubiera infundido en mi corazón, todas las tinieblas de mi duda huyeron.²

"Toma, lee": el designio de Dios para san Agustín a la par de nítido en su elegante sencillez adquiere el carácter de imperativo categórico; pero además es un mandato que se eleva como genérico ideal que debe ser seguido por todo aquel que desee conducir bien su vida, en este caso a través de la lectura. Y así lo entiende san Agustín, que sin siquiera detenerse a pensarlo, se dirige de inmediato al libro que implícitamente le está señalando Dios. Desde el mismo instante en que escucha el estribillo él sabe que será conducido dentro de la lectura hacia la definición de su vida, que hasta ese momento él había sentido como una nave al garete en medio del temporal de las pasiones. Otra parte importante de señalar es el hecho de que Dios haya elegido en particular el libro como instrumento para indicarle al futuro santo (en sí ésta escena viene a significar el momento en que se inicia su ruta a la santidad) el camino de salvación. En esto no debemos ver un simple prurito bibliográfico de Dios sino entenderlo como prueba de su sagacidad en cuanto a la psicología del santo y al contexto histórico que éste habita. Él sabe que san Agustín es un voraz lector, por lo que el llamado para que reoriente su vida es más efectivo si se lo da a conocer a través del libro. Asimismo Dios tiene presente que la circunstancia histórica de san Agustín se caracteriza por la difusión del libro. El imperio

2 *Confesiones*, Lib. VII, cap. XII.

romano, a diferencia de la sociedad griega, le dio mayor importancia a la producción y lectura de libros, lo que a su vez contribuyó a consolidar los cada vez más amplios sectores de lectores cristianos, que eran en sí una comunidad fundada en un libro sagrado. Así pues, conociendo Dios la psicología de san Agustín y su contexto histórico era obvio que optara por el libro como medio de conversión y convencimiento; su divino sentido común es inescrutable. Pero es claro que esta instrumentalización que hace Dios del libro tiene como objetivo primordial darle sentido a la vida de sus creaturas, todo ello ilustrado con el caso notable de san Agustín.

“Toma, lee”, tiene, pues, como trasunto la búsqueda del sentido de la vida. Se lee para saber quien se es. Esto y no otra cosa es lo que implícitamente nos dice san Agustín cuando después de haber leído el citado pasaje del apóstol concluye con esa frase que es un canto de liberación y de encuentro consigo mismo: “Al instante, con el fin de este pasaje, como si una gran luz de seguridad se hubiera infundido en mi corazón, todas las tinieblas de mi duda huyeron.” Con otras palabras, puede decirse que la lectura esparce las tinieblas que nos ocultaban de nosotros mismos, para así saber quienes somos. Sin toda el aura sagrada que envuelve la citada escena agustiniana, puede observarse que de manera aproximada toda lectura que hacemos imbuidos de asombro, pasión y lucidez nos deja el grato sentimiento de que las tinieblas de nuestras dudas se han esparcido, y que al aclararse el horizonte lo primero que encontramos frente a nosotros es un espejo en el que nos vemos en cuerpo y alma enteros, espejo que nos regresa la imagen de quienes en verdad somos.

“Toma, lee”, puede ser interpretado de manera universal, como el llamado que hace un lector a otro en ciernes. En no pocos casos el encuentro con la lectura de un prospecto de lector se debió a que en algún recodo de su vida alguien (¿por qué no Dios?) se cruzó para decirle: *tolle, lege* (toma, lee); y al darle el libro o los libros que le estaban destinados, cada libro busca al lector y éste a su vez busca el libro, que implícitamente le está diciendo: ¡Encuétrate a ti mismo! ¡Sé quien eres! La lectura es un salvoconducto que nos permite llegar a nosotros mismos después de atravesar las fronteras del mundo y de los otros. Cada libro leído nos informa de algo o de alguien, pero ese conocimiento adquirido amplía nuestro horizonte intelectual y espiritual, el cual a su vez pasa a ser el umbral que lleva directamente al encuentro con nosotros. Entre más sabemos del mundo exterior y de los otros, mayor es el conocimiento de lo que somos y de cual es nuestro destino. Saber quien es uno conlleva tomar nuestra propia vida en las manos para encauzarla hacia donde dicta la voz interior de nuestro destino. “Toma, lee”, es, finalmente suma y cifra de la más profunda aspiración de los seres humanos: conocer y asumir el sentido de la vida, dispersando así las tinieblas del sinsentido que los rodea.

Por otra parte, “toma, lee”, es también un llamado a la lectura comunitaria, porque entraña compartir con los demás la propia experiencia lectora. Cuando

alguien le pone en las manos el libro indicado a otro en las manos para que se sumerja en su lectura, implícitamente lo está tratando de introducir en el círculo mágico de la lectura compartida, diciéndole: *toma, lee y caminemos juntos por la misma senda. Compartamos el conocimiento adquirido sobre el sentido de la vida: entre más sé quien eres por mediación de la lectura, mayor es el conocimiento de mí mismo.* Dios compartió el libro que escribió (*La Biblia*), por medio de sus amanuenses, con san Agustín; así, éste caminó por la senda sagrada comprendiendo el sentido de la creación con el que Dios dotó al mundo y a sus creaturas, lo que redundó en un mayor conocimiento de Él y de sí mismo. Entender que para san Agustín la lectura es una actividad comunitaria explica su asombro ante la forma de leer de su maestro san Ambrosio. Con lo que desembocamos directamente en la otra escena señalada de las *Confesiones*. San Agustín buscando acercarse a san Ambrosio para que le diera consejo y consuelo a sus tempestades internas, encuentra el momento adecuado cuando éste se retira del mundanal ruido que hacen todos aquellos que lo solicitan. San Ambrosio se aleja a la tenue soledad de su aposento para leer, donde es buscado por san Agustín: el contraste es notorio entre ambos, la externa serenidad del primero ante la lectura y el sonido y la furia internos del segundo, lo cual no le impide maravillarse ante lo que contempla. Así lo refiere:

Pero cuando leía, sus ojos pasaban por las páginas y su corazón penetraba el sentido; mas su voz y su lengua descansaban. Muchas veces estando yo presente, pues el ingreso a nadie estaba vedado ni había costumbre en su casa de anunciar al visitante, así le vi leer en voz queda y jamás de otro modo. Yo permanecía largo rato sentado, y en silencio, ¿ni quién hubiera osado añadir trabajo nuevo a un varón tan ocupado?, me retiraba luego, porque presumía que él, en aquel asueto que conseguía para reparar su espíritu, feriado, al fin, y libre del estrépito de los negocios ajenos, no quería ser distraído en otra cosa.³

Detengámonos en la observación inicial de san Agustín: los ojos de san Ambrosio pasaban por las páginas mientras su voz y su lengua descansaban, lectura en la que además su corazón penetraba el sentido del texto. Para nosotros esa escena no tiene nada de asombroso, porque de hecho esa es la forma usual como leemos en la actualidad: lectura individualizada y silenciosa; sin embargo para los lectores de la antigüedad romana era completamente extraña, puesto que su forma de leer era en voz alta y acompañada con gestos y movimientos corporales. Así es como leyó san Agustín toda su vida, por ello es entendible su pasmada actitud ante lo que observa y de ahí que haya dejado ese testimonio. La forma de leer de san Ambrosio lo aísla del entorno rodeándolo de una barrera de silente ensimismamiento frente a los demás, de modo que todo aquel que lo busca, como en ésta ocasión san Agustín, opta por retirarse temeroso de interrumpirlo. Por otra parte, ese ensimismamiento

3 *Confesiones*, Lib. VI, cap. III.

lector lo aísla pero le permite concentrarse mejor para que su corazón (hoy diríamos razón) desentrañe el sentido del texto: búsqueda de sentido solitaria en la que quedan soslayados los demás. La práctica lectora ambrosiana se adelanta varios siglos, prefigurando con ello a los lectores de finales de la Edad Media y de la Modernidad. La práctica de la lectura que llevaban a cabo tanto cristianos como gentiles romanos era oralizada porque se correspondía con una organización formal del texto específica, producto de la *scriptio continua* (escritura continua) en la que no existían segmentaciones en el texto; esto es, no había intervalos de separación entre las palabras, así como tampoco divisiones entre capítulos, párrafos o párrafos. En cierto modo los libros eran una especie de registro grabado del discurso oral. La escritura continua era la cinta donde quedaban grabadas las voces signadas por la expresión retórica. La retórica era un factor determinante de comunicación y cohesión social entre los romanos, de ahí que encontrara continuación natural en la escritura. San Agustín fue un notable maestro de retórica, como queda ilustrado en el deslumbrante estilo retórico de sus obras. Asimismo, la organización del texto en escritura continua tenía consonancia con una forma de organización social todavía comunitaria. El mundo del libro se encuentra íntimamente compenetrado con el universo histórico de las sociedades. La escritura, organización del texto, producción del libro, circuitos de distribución y la lectura responden a formas específicas de organización social. La lectura en voz alta entre los romanos era, por tanto, expresión de una forma de organización social comunitaria. La lectura era en esencia un acto público determinado por la preceptiva del arte retórico. El texto no tenía autonomía y sólo adquiría vida por la gracia de la habilidad retórica de un lector que le insuflaba cadencia, entonación, matices y gestos que lo tornaban legible a los oyentes; incluso, cuando un romano leía a solas, como también lo hacía san Agustín, lo hacía oralizando, hablando en voz alta. Porque así lo exigía la organización del texto, pero también porque la forma de organización social estaba interiorizada en los individuos y al ser ésta comunitaria se leía para esa comunidad que se llevaba dentro de sí. Se lee en voz alta a solas para ese otro yo interno que es la sociedad de carácter comunitario. Obviamente para que esta situación se dé los integrantes de la colectividad deben estar permanentemente compenetrados con ella y sentirse y vivirse como un solo organismo indiferenciado. Contrariamente en una sociedad cuya forma de organización determinante es el individualismo sus integrantes se viven de forma atomizada y en su interior prevalece el sentimiento de diferenciación respecto de los demás; de ahí que en éstos últimos la lectura en soledad sea un acto de separación y hasta de protección contra la colectividad. En la lectura puede buscarse refugio contra la agresividad y el egoísmo de una sociedad individualista, pero con ello se refuerza sutilmente ese individualismo colectivo. Por el contrario, para un lector de una sociedad comunitaria leer en soledad es oralizar para los demás, esos otros invisibles pero que están allí; más aún, ese acto de lectura solitaria oralizada refuerza los nexos de comunión con la colectividad: el

lector escucha en la habitación vacía el eco de su propia voz que es el silencioso rumor (interiorizado) de la comunidad, rumor que retorna al tráfago sonoro de la colectividad que escucha afuera de la habitación: leer en soledad o en público oralizando adquiriría sentido porque reforzaba la unidad de la comunidad tanto externa como internamente, con lo que ésta se descubría a sí misma en su destino humano común. El hecho de que san Ambrosio descansara la voz y la lengua en el momento de su lectura entrañaba que entrecerraba una puerta con la comunidad, con lo que el sentido del texto en el que penetraba su corazón quedaba entornado también para los demás. Lo que en ese instante obnubilaba la posibilidad de que le dijera a su genial discípulo: *tolle, lege, quiero compartir contigo el saber de este libro que estoy leyendo, con lo que te conoceré mejor, conociéndome más yo mismo*. Pero san Ambrosio no lo hizo, lo que ahondó ese alejamiento y desconocimiento que siempre medió en la relación de ambos. De hecho san Ambrosio no dejó de ver con desconfianza la veneración que le profesaba san Agustín, notorio por su pasado herético y pecador. En suma, para san Agustín el sentido de la lectura consiste en la predestinación divina que nos muestra quienes somos y conduce nuestra vida hacia el auténtico destino que tenemos marcado, pero además esto implica un acto comunitario: es necesariamente con los otros con quien nos unimos y nos salvamos a bordo de la barca de la lectura, la cual nos conduce hacia nuestro destino humano. Barca que, por cierto, podemos hacer atracar en nuestra época postmoderna.

Secularizando la concepción agustiniana podemos encontrar en su visión de la búsqueda de sentido, las luces que permitan despejar el sinsentido actual que rodea tanto a la lectura como a la realidad. En medio de la vertiginosa y desmesurada cantidad de información y de libros que nos inunda hemos de buscar nuevamente la senda hacia la claridad del “toma, lee y encuéntrate a tí mismo”, que significa reemprender el rumbo hacia nuestro interior. Mas para ello debemos ubicarnos en las condiciones propias de nuestra época determinada por el acoso del tiempo que desquicia y altera; literalmente se trata de una vivencia del tiempo que empuja a los individuos a estar fuera de sí mismos mientras pretenden realizar la multitud de actividades que los requieren. Este vivir alterados por la premura del tiempo es una primera barrera que se tiene que superar para llegar al salvador “toma, lee”; por ello es necesario que reflexionemos sobre el tiempo de lectura. La segunda barrera implica preguntarse cómo salir del individualismo lector para convertir la lectura en acto comunitario.

El número de libros es casi infinito y el tiempo dado al hombre para leerlos es apenas un leve suspiro. Y esto sólo por hacer referencia a aquellos para quienes la lectura de libros es una práctica infaltable en sus vidas y por lo tanto dedican un buen porcentaje de su tiempo a ello. Tiempo de lectura que llegan a considerar como el mejor aprovechado de su día o de su vida. Tiempo en el que incluso se dio la metamorfosis que cambió su vida mejorándola. Para los lectores ocasionales o meramente accidentales (aquellos que por algún azar del destino se toparon en

alguna ocasión en su vida con un libro que milagrosamente leyeron completo) la correlación entre cantidad de libros y límite de tiempo para leerlos es algo que les tienen sin ningún cuidado. Pero para los lectores auténticos o aspirantes a serlo esto es un problema acusante que puede ser enunciado de esta forma: ¿qué se puede o, mejor aún, debe leer cuando cada vez es menor la disponibilidad de tiempo para la lectura?

Antes de contestar tal pregunta es pertinente detenerse en la consideración de la problemática que a su vez implica el tiempo, el cual visto desde el ángulo de la lectura entraña una dualidad: el tiempo particular, esto es, el que se le dedica cotidianamente; y el tiempo global, que es el que se le puede destinar a lo largo de una vida finita. La limitante del tiempo particular, determinada por la vertiginosa estructura de las sociedades contemporáneas, hace que los lectores se encuentran constantemente acosados por una centrífuga gama de requerimientos y actividades que los llevan a disgregar el periodo que dedican a la lectura. Con lo que en conjunto el periodo viene a resultar breve y además produce una lectura tensionada internamente; se lee sin la calma de espíritu suficiente que tal práctica requiere. En cuanto al tiempo global su limitante radica en aquello que la conseja popular expresa cuando dice: “nadie tiene la vida comprada”, esa finitud que acecha en cada paso dado por todo ser humano, sea lector o no, y esto vale incluso para los más compulsivos y geniales lectores (como por ejemplo Borges). En la medida que el tiempo de la vida humana es precario, la posibilidad de leer gran cantidad de libros se reduce.

Ante estas dos limitantes que el tiempo le impone al lector, la posibilidad viable es la agudización del criterio selectivo. Ésta es una época de sobreproducción bibliográfica, en todas las áreas del conocimiento humano se publica una ingente cantidad de títulos nuevos, aparte de la constante reedición de otros tantos. Ante esta proliferante jungla bibliográfica sólo cabe abrirse paso con el sable de la selectividad para discernir los libros que vale la pena leer. El principio que debe regir el criterio de selección es el de la calidad; principio que debe proyectarse hacia el pasado y hacia el presente. Cada área de conocimiento a lo largo de su desenvolvimiento ha establecido el canon de sus autores clásicos, y es sobre ellos que debe dirigirse el principio de calidad proyectado hacia el pasado. Un autor alcanza el status de clásico por la calidad demostrada que le permite perforar el tiempo y ubicarse más allá de modas efímeras, como lo vimos con el caso ejemplar de san Agustín. Son a ellos a quienes en primera (y hasta en última) instancia debemos recurrir para solicitar su sabia compañía. Asimismo los clásicos del pasado nos abren los ojos para contemplar con lucidez a los futuros clásicos que se están forjando en el presente: fuerza inspiradora para la proyección del principio de calidad en el hoy, en las lecturas que hacemos de los autores de actualidad, contemporáneos. Bajo la luz de este principio evitaremos lo más posible malgastar nuestro precioso tiempo de lectura, tan leve y breve, en libros que no valen ni el papel en

que están impresos. Por el contrario, leyendo los grandes libros ganamos el tiempo del mundo, en el cual está inmerso nuestro tiempo vital, individual.

Cada nueva lectura puede ser la última que hagamos, por eso hemos de procurar que sea la mejor. Esta consideración de nuestra finitud temporal lectora es la que en nuestra época ha de presidir el imperativo categórico de “toma, lee”; imperativo que es un punto de relevo: un lector con experiencia le proporciona orientación y lecturas a un aspirante a lector, quien una vez que adquiera la experiencia lectora tendrá el conocimiento para decirle a un nuevo lector “toma, lee”. A través de los lectores se transmite la experiencia y el conocimiento, pero esa transmisión implica experiencia en el arte de leer y conocimiento de qué se debe leer, base de lo cual es, como se explicó, la frecuentación de los clásicos. Un autor clásico entre otras cosas nos exige una lectura sistemática y rigurosa, pero también lúdica, capaz de penetrar en el sentido de su mensaje; es decir, nos enseña a leer a la par que nos da un alto conocimiento del mundo y de los seres humanos. Bagaje que nos enriquece recordándonos el sentido de lo humano que mora en nosotros (que incluso nos da el marco de referencia desde el que se pueden leer autores menores). Leer lo que han dicho esos grandes espíritus nos hace conocernos mejor, saber quienes somos, nos ayuda a resistir el temporal del sinsentido actual. Todo esto es lo que el lector avezado le transmite a otro cuando le proporciona un libro; de hecho es lo que ha de seguirse transmitiendo de generación en generación de lectores: la continuidad del sentido que preexiste más allá de los sistemas sociales, los cuales de múltiples formas promueven el sinsentido y la alienación humana. Continuidad de sentido que une a las generaciones pero también a las comunidades de lectores en el presente. El profundo espíritu humanístico de la lectura, que busca el sentido, les permite a los seres humanos contar con un mundo y no sólo con una situación.⁴ Mundo de humana convivencia y no de concurrencia consumista. Aunque la nuestra no es una sociedad comunitaria sino propiamente individualista, ello no impide, manifestar ese profundo sentimiento que por necesidad hermana a un ser humano con otro por medio de uno de los instrumentos de comunicación y conocimiento más deslumbrante creado por los hombres: la lectura, la cual, como bien comprendió san Agustín, nos prodiga una gran luz de seguridad que ahuyenta las tinieblas de la duda para que juntos sepamos quienes somos y encontremos nuestro destino común; el que comenzó a escribirse con un simple: “toma, lee”.



4 Esto parafraseando, en versión corregida y aumentada, a Paul Ricoeur que dice: “Gracias a la escritura, el hombre y solamente el hombre cuenta con un mundo y no sólo con una situación”. *Teoría de la interpretación. Discurso y excedente de sentido*, México, Siglo XXI, 1995, p. 48.